

Cada noche un laberinto

pseudónimo: KATWRITER

Cierto que no es Venecia ¿cómo podría serlo? Este carnaval es más de ponerse cualquier cosa. Pero salvando las distancias nuestros laberintos poco envidian a los callejones de la ciudad italiana, hace años desaparecida bajo el mar. Aquí también se nota la subida, que se lo digan a quienes quedan en el peñón de La Isleta y a todos los que tuvieron que salir de allí buscando tierra firme. El Risco es otra cosa. Quienes vivimos en lo alto nos sentimos un poco por encima de todo. Bueno, o de casi todo. A fin de cuentas, a veces suceden hechos extraños que terminan volviéndose leyenda.

Ella se instaló con la primera oleada de artistas, en aquella década en la que se produjo la rápida transformación del barrio. Ante la falta de recursos la gente terminó organizándose. Primero hubo reuniones; luego llegaron los acuerdos, las estrategias, las acciones y finalmente los recursos. Aunque no es común, el vecindario se adelantó a los especuladores y el barrio generó riqueza desde dentro.

Estaba claro que tarde o temprano la ciudad miraría hacia arriba, San Nicolás poseía historia y color de sobra. Se formaron personas del barrio para convertirse en guías turísticas que narraban hechos históricos y anécdotas cotidianas, pues la finalidad era entremezclar historia con mayúsculas y vidas comunes que habían superado mil obstáculos sin que esa hazaña quedara registrada en ningún libro. Desde muy pronto se buscaron alianzas y los artistas fueron los primeros en responder a la llamada. El espíritu de comunidad creó más comunidad. Unas casas se tiraron, otras se rehabilitaron. Se comenzó a incluir el barrio como un destino pintoresco inexplorado, las calles empinadas se poblaron de gente que subía y bajaba por las rampas solares, en las azoteas brotaron las sombrillas de pequeños restaurantes de comida casera. El reto ahora es que el barrio no pierda su identidad en medio de tantos cambios.

Ella trabajaba como cocinera en uno de esos restaurantes, pero en realidad lo suyo era escribir, porque amaba las palabras y construir mundos con ellas. La historia que cambiaría su vida comenzó de la forma más inofensiva, al fin y al cabo ¿quién no ha pensado alguna vez en tener una mascota? La escritora había llegado a San Nicolás con los primeros artistas, buscando un rincón céntrico pero con calidez de barrio; barato pero con memoria en las paredes. Lo encontró en medio de pasadizos y escaleras. Restauró los muros de piedra, habitó el espacio silenciado, pintó la casa de azul. Instaló su lugar de trabajo en un cuarto de la azotea. Estaba convencida de que las espléndidas vistas la inspirarían. Desde allí divisaba la entrada y salida de los buques, la catedral, los drones surcando el cielo y los edificios de Primero de Mayo, esas torres que en otro tiempo funcionaron como frontera entre las dos ciudades que siempre fueron la misma.

Era una tarde cualquiera. Tal vez la gata la estuviese esperando, tal vez tan solo pasaba por allí, lo cierto es que el animal logró esquivar un par de sandalias con calcetines, cuyo dueño trataba de sacar una fotografía con su dispositivo de pulsera, y se coló en la casa de la escritora, justo antes de que ella cerrara la puerta. Podría decirse que la escritora no eligió a su mascota, sino que la mascota la eligió a ella.

Del origen de la gata poco se sabe, nadie de San Nicolás la reclamó. La escritora la vio entrar y le dio la bienvenida. Le gustó la idea de compartir su territorio con una compañera de cuatro patas, su ilusión se esfumó cuando aquella misma noche la gata se escapó por la azotea. La mujer se fue a la cama pensando que no volvería a verla.

Esa madrugada la escritora tuvo el primer sueño. Una mano de hombre sujetaba un pincel. Era un hombre de pelo moreno y rostro de pómulos prominentes que no aparentaba más de veinte años. Estaba en pijama, sentado en una cama de hospital, pintaba las casas de la ladera del otro lado del barranco, cada una de un color. Por un momento dudó, pero finalmente eligió el azul para la casa de la escritora. Luego cogió un lápiz bien afilado y,

con maestría, dibujó dentro de la casa a una mujer dormida soñando que soñaba que la dibujaban desde un hospital.

La escritora despertó con la gata pegada a su cabeza, estaba sorprendida y no tanto por la vuelta de la gata, sino porque acababa de tener el sueño más extraño de su vida. Sentía como si, en lugar de soñar, realmente hubiera estado allí. Podía describir a la perfección el rostro de aquel hombre, sus manos, sus pies descalzos e incluso el tono de luz cálida que entraba por la ventana y el olor a alcohol que desprendía la habitación. Corrió al estudio sin calzarse ni desayunar; el cielo, incendiado de naranjas, anticipaba la salida del sol allá, sobre el mar. Miró hacia el Museo de Arte de San Martín, como si pudiera descubrir el rostro del hombre detrás de alguna de sus ventanas. Decidió escribir aquel sueño para sí misma, pero también para él.

A la noche siguiente la gata volvió a escaparse y la escritora volvió a soñar. Esta vez eran las manos de una mujer sacudiendo en el bolsillo del pantalón vaquero las monedas que había ganado durante el día aparcando coches. Su cuerpo huesudo ascendía contento las escaleras bajo el sol de la tarde; había sido un buen día. Se paró ante una casa de muros desconchados, tocó el timbre, al otro lado apareció una niña despeinada que se abrazó a las dos piernas palillo de la mujer. Reconoció la sonrisa en el rostro de la niña, era la que cada mañana le daba los buenos días desde el portal de enfrente. Doña Cathaysa, su vecina, era conocida por ser la tatuadora más longeva del barrio. Como la noche anterior, la escritora despertó con la gata pegada a su cabeza y corrió a la azotea a escribirlo todo antes de que la vigilia le arrebatase los detalles.

La tercera noche cuando la gata salió, la mujer se fue a la cama, anhelante de soñar algo más. Y así fue. Unos pies hinchados de mujer subían trabajosamente escaleras tras escaleras. A cada tres o cuatro escalones se paraba a descansar. La mujer, que estaba embarazada, cargaba sobre la tripa abultada un paquete de manteles blancos envueltos en papel. Se los había traído para ganar un dinero extra bordándolos. Miró hacia abajo, detuvo la vista en una casa del barrio de Vegueta, allí servía de lunes a sábado. Suspiró como

si, de algún modo, aquel gesto le permitiera liberar un agotamiento de años. Al llegar frente al portal de la casa de la escritora metió una llave grande en la cerradura, la giró trabajosamente y entró. Dentro del sueño, recorriendo la casa a través de los pasos de aquella mujer, la escritora encontró algunas de las respuestas que, en silencio, había lanzado a los muros mientras los picaba para dejar la piedra a la vista. Descubrió que el hueco bajo la escalera se usaba para poner una pila de agua, y que las muescas paralelas de la pared de la cocina soportaban en otro tiempo una estantería de madera para las ollas de barro. Mirando al patio, que en aquel tiempo estaba destechado, descubrió por la ropa tendida que debían de vivir allí más personas, al menos un hombre, un niño pequeño y otro más grande. La invadió una sensación nueva, era incómodo ver a aquella mujer habitando su casa y también lo era habitar ella la casa de aquella mujer.

La cuarta noche conoció a un hombre que trabajaba en las plataneras. Tenía una complexión física admirable, alto y robusto, podía cargar más peso de una vez que cualquier otro trabajador de la finca. Cuando comenzó la construcción de la ermita lo llamaron; él no se negó, a los señores no era recomendable decirles que no. Aunque el trabajo de cargar las piedras era aún más duro que el del campo, se consolaba pensando que en la otra vida, cuando llegara a las puertas del cielo, Dios tendría en cuenta todo aquel esfuerzo.

La quinta noche, un pescador pasó a toda prisa por delante de su casa, de madrugada, corría a oscuras camino abajo, aún a riesgo de resbalarse y caer. Se había quedado dormido y el barco, atracado en el muelle de San Telmo, no esperaba por él. La sexta noche soñó con un baile de carnaval clandestino celebrado en un lugar en lo alto del risco, llamado El Polonia. La siguiente con un grupo de chavales que, ocultos tras pasamontañas para evitar las grabaciones de las cámaras de seguridad, grafiteaban en un muro cerca de su casa con grandes letras blancas: "EL BARRIO NO SE VENDE".

Los sueños continuaron durante meses y la escritora terminó estableciendo una rutina que seguía cada noche. Primero daba de comer a la gata y dejaba abierta la puerta de la azotea. Luego, cuando la gata se marchaba, ella se iba a

la cama con curiosidad y un poco de miedo; al fin y al cabo, nunca sabía con qué se iba a encontrar. Despertaba con la gata pegada a su cabeza, como si fuera una extensión de su almohada, con la cabeza llena de sensaciones e imágenes. Subía rápidamente a su estudio y describía al amanecer aquello que había soñado. Siempre aparecía su casa en los sueños, de una u otra forma, así que la mirada sobre aquellas cuatro paredes se enriquecía cada noche.

“Historias de la Casa Azul” obtuvo un reconocimiento que superó todas las expectativas de la escritora. Quedó finalista de un premio nacional y una editorial reconocida lo publicó. Hasta ahí todo hubiera sido comprensible, pero la leyenda estaba a punto de comenzar. De pronto, muchos lectores de diferentes puntos de la geografía, comenzaron a afirmar en las redes que tenían extraños sueños después de leer aquellas historias. Soñaban con aquellos personajes y vivían sus mismas experiencias de una forma tan nítida que podían recordarlo todo con facilidad una vez despiertos. La noticia salió en los periódicos y en la televisión, el libro se tradujo a varios idiomas y las ventas se multiplicaron.

Corrieron ríos de tinta sobre aquel extraño fenómeno. Todo el mundo, desde su disciplina, parecía poseer una explicación convincente. Desde el movimiento new age aseguraron que aquel texto abría una puerta a otra dimensión; desde la iglesia, que estaba maldito y desde la ciencia, que se trataba de un claro caso de contagio colectivo.

San Nicolás no tardó en inundarse de lectores que reconocían fácilmente las calles soñadas al transitarlas por primera vez y de curiosos que, después de haber escuchado la noticia, no se atrevían ni a mirar el libro. La casa de la escritora se volvió un lugar de peregrinación. Era como si, de pronto, el barrio hubiera cobrado vida y, cansado de una marginación centenaria, la hubiera hecho saltar en mil pedazos diseminando sus historias en los sueños de millones de personas.

Cuando recibió el premio, la escritora dejó de trabajar de cocinera. Luego, con el alud de lectores soñadores y el revuelo que se armó, concedió algunas

entrevistas. Siempre negó que el libro tuviera ingredientes “paranormales”. Las historias –sostuvo en repetidas ocasiones- eran únicamente fruto de su imaginación y de la consulta de algunas fuentes históricas. A los pocos meses se vio obligada a mudarse a otra zona de Las Palmas, pero los medios la siguieron hasta allí y un buen día se esfumó sin dejar rastro.

En la última fotografía que publicaron los periódicos se la ve en el aeropuerto de Gando, metiendo un animal dentro de un transportín, rodeada por un grupo de mochileros que la habían reconocido. Su desaparición, lejos de apaciguar los ánimos, no hizo más que hacer crecer la leyenda. El silencio fue total durante décadas hasta que, de pronto, hace una semana, desde algún punto del globo, la anciana lanzó un nuevo libro en el que confiesa las circunstancias que envolvieron el nacimiento de su ya mítica obra. En apenas siete días se ha colocado como el libro más vendido del año. Se titula *La memoria es una gata que cada noche recorre un laberinto*.



fundación
canaria
farrah
6

